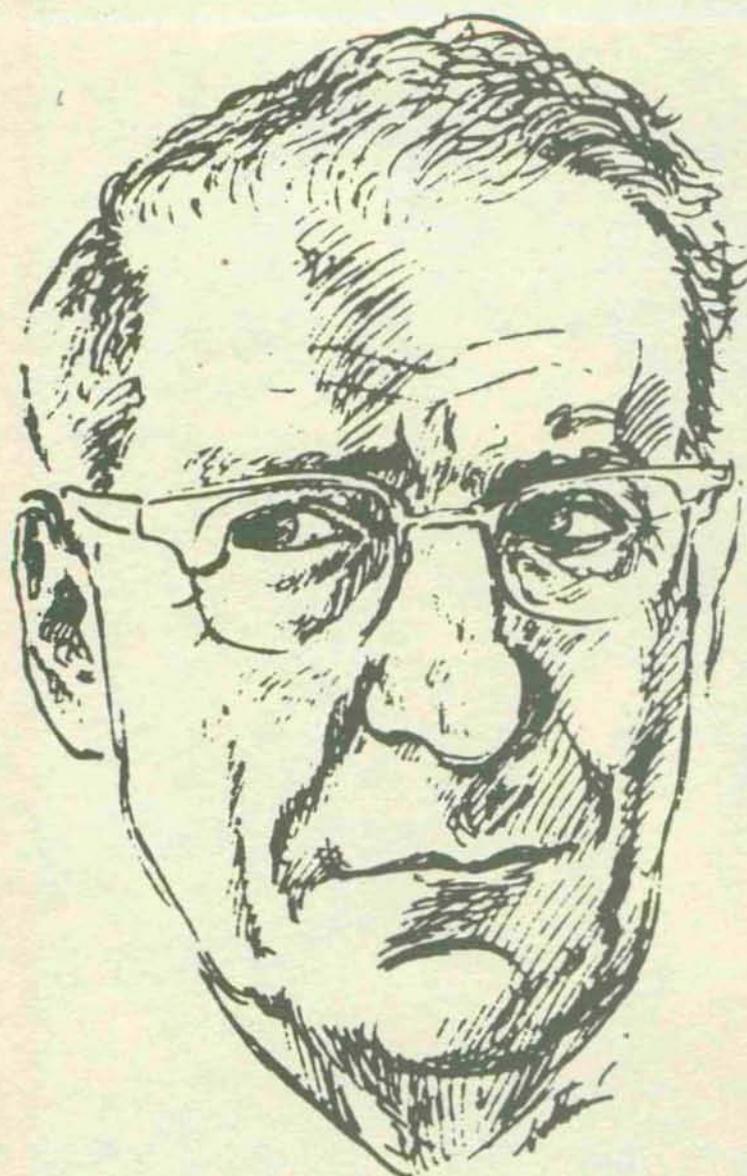


Martín Luis Guzmán, el novelista mexicano de la Revolución y el Poder



Dibujo de Alberto Beltrán, aparecido en la revista «Tiempo».

Manuel Andújar

MARTÍN Luis Guzmán, uno de los más valiosos escritores mexicanos a lo largo y ancho del convulso siglo XX, falleció, en su oficina del semanario «Tiempo», el 22 de diciembre de 1976, al filo de las diez y media de la noche, cuando proseguía una de sus normales, pero intensas, jornadas de trabajo. Frisaba en los noventa años.

(Es la misma muerte —laboriosa, atendida a la vocación y misión— del filósofo José Gaos, que cayó, fulminado, mientras integraba, en el Colegio de México, un Tribunal al que se sometía importante tesis doctoral; igual fin de José Manuel Gallegos Rocafull, apenas terminada de pronunciar una conferencia en la jalisciense Guadalajara: son claros varones, los dos transterrados, y Martín Luis

Guzmán, que había cursado antes la Universidad de los Exilios, pertenecientes a una generación, intelectual y temperamental, de firmes principios morales y neta condición humanística).

Por conductos particulares, y con hartos retrasos, llegó la noticia a España, también en la esfera «privada». Ni una parva gacetilla emanada de las agencias, ni un eco en pe-



Pancho Villa y su esposa Luz Carral.



Martín Luis Guzmán, a los dieciocho años, cuando cursaba la preparatoria (1905).

riódicos y revistas o en los llamados y sonados medios de comunicación. Aunque Martín Luis Guzmán era miembro de la Academia Mexicana de la Lengua, en aquel entonces su matriz hispánica no se apresuró a celebrar el obligado acto de homenaje, dados los especiales méritos y circunstancias del autor de «La sombra del caudillo»; después, el tiempo agravó —o lubricó— la inasvertencia. Tampoco sus insignes colegas, a simple título individual, y las implicadas instituciones culturales y académicas remediaron un olvido que en craso rayaba.

Este fenómeno destaca nuevamente que, en profundidad y salvo estentóreas excepciones, nuestras relaciones literarias y culturales con Iberoamérica dejan mucho que desear y pecan de sobrada ignorancia, máxime si los finados, como Martín Luis Guzmán, habían mantenido una inequívoca actitud de repulsa hacia la desnaturalizadora índole, torvo alumbramiento y desalmados métodos del franquismo.

Confesemos la culpa común de negligencia. Y cabe repararla, en lo que nos afecta, al recibir el amable envío de «comunidad Conacyt», de México (gentileza de Martín Luis Guzmán, más Edmundo Flores, Enrique Loubet, Jr., y Augusto Monterroso), entrega de diciembre de 1979, dedicada a **Martín**



Homenaje al general Álvaro Obregón (junio de 1928). El Presidente electo, en el centro de la fotografía, el quinto de derecha a izquierda.

Luis Guzmán, el literato y el hombre a medio siglo de «El águila y la serpiente», en el segundo aniversario de su deceso.

La gran materia temática en la singular obra narrativa de Martín Luis Guzmán se vertebró con la trinidad laica de Revolución - Poder - Caudillaje. Vivió y convivió la Historia, sufrió sus vaivenes en las alturas y aledaños, asistió a las etapas decisivas de la Revolución Mexicana, observó con agudeza y cercanía a sus intérpretes cimeros. De ahí extrajo los personajes, ambientes y argumentos de sus novelas, elevadas a productos artísticos, amén de testimoniales, gracias a la destreza de la exposición y a la exactitud asombrosa del idioma aplicado. Pocos se le equiparan en su celoso cultivo. Esbozado quede, para marcar la diferencia con las estampas de dictadores y tiranuelos iberoamericanos que habrían de proliferar en secuela. Porque Martín Luis Guzmán es la antítesis del socorrido tremendismo y de la tocata caricaturesca, más que esperpéntica.

De familia criolla, nortea, entero el sen-



Retrato cubista de Martín Luis Guzmán, pintado por Diego Rivera en la segunda década del siglo, durante su etapa parisiense.



Martín Luis Guzmán con Manuel Azaña, Presidente de la República española, en Madrid (1932).



Inauguración de la «Presa República Española», que el Gobierno de México construyó en el Estado de Tamaulipas.

timiento independentista, parte con otros, más parejamente en relator, el movimiento revolucionario que de 1910 arranca, pero que se adhiere—tónica invariable en la conducta pública y periodística de Martín Luis Guzmán— a las Leyes de Reforma y al patriado cívico de Benito Juárez, que aspiró a destruir, y en buena cuantía lo alcanzó, la cancerígena fuerza económica de la Iglesia.

Martín Luis Guzmán mantiene esos postulados, originariamente decimonónicos, con mentalidad y lenguaje modernos. Lo propio resulta apreciable en su estilo, que aúna la elegancia de giro y fonética novohispanos con una voluntad de precisión que refleja uno de sus más acusados rasgos psicológicos y que quizá acendrarán los estudios de jurisprudencia, el haber participado en el Ateneo de la Juventud y el también temprano ejercicio pedagógico, cuando impartió clases en la Escuela Nacional Preparatoria, allí donde, más tarde, pintaría José Clemente Orozco uno de los murales que su genialidad acreditan.

El triunfo de Obregón determina el primer exilio de Martín Luis Guzmán, que se asienta en Madrid y aquí ve la luz su alegato «La querrela de México» (1915, Imprenta Clásica

Española). Comienza la que sería su constante relación con España y con lo español democrático. Rebasados los años veintes, los cambios políticos de México lo reinstalan en nuestro país. Emprende las «Memorias de Pancho Villa», y bajo este cielo escribe «La sombra del caudillo», «El águila y la serpiente». Y en 1932, «Mina, el Mozo, héroe de Navarra», la biografía que le permite proclamar, en el espejo de una vida heroica, sus convicciones de solidaridad ideológica hispanoamericana.

Martín Luis Guzmán capta y medita el proceso republicano, su eclosión y flaquezas. ¡Qué foto de época la que lo muestra, caminante por el Retiro invernal, al lado de Manuel Azaña! Dirige nada menos que los famosos diarios liberales «El Sol» y «La Voz».

Reintegrado a México acoge a destacados intelectuales del impar destierro. Con la ejecución y compenetración, agudeza y empeño, de Rafael Jiménez Siles publica «Romance», cuya representatividad hispanoamericana no necesita encomio. Crean una organización editorial y librería innovadora y dinámica. Además, Martín Luis Guzmán funda en 1942 el semanario «Tiempo», que difundió notas y colaboraciones de Antonio

Espina y de Juan José Domenchina y que debe considerable porción de sus éxitos e influencia al esfuerzo y talentos del extremeño Emilio Criado y Romero, del levantino Gomis, del asturiano Ovidio Gondi.

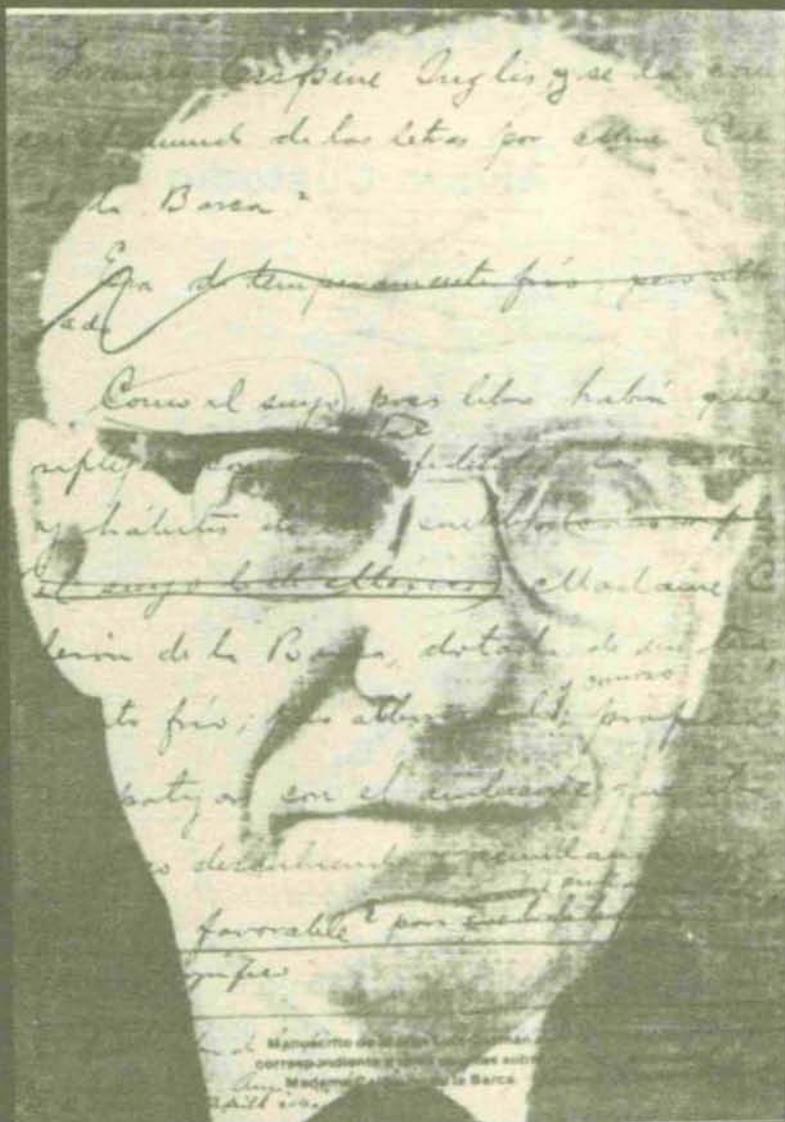
Tales antecedentes y prestaciones lo vinculan a nuestra historia inmediata y hacen aún más imperativo el conocimiento, que a los lectores perspicaces conviene actualizar, de una obra literaria de auténtico rango, que reviste ya entidad clásica y nos brinda, de consumo, la lección tipificadora del Poder

(en acepción crítica... y fascinada) y del implacable juego dialéctico que entraña.

La concepción del mundo, las captaciones de los seres, la personal identificación con la patria, a prueba histórica emplazada, se combinan en las reveladoras novelas de Martín Luis Guzmán, que significan un modelo de habilidad narrativa, de enjundioso contenido y de idiomática justeza.

Su magisterio, tanto tiempo proscrito de España, es hoy, en su cabal medida, imprescindible. ■ M. A.

COMUNIDAD
CONACYT dic 1979



a medio siglo de
"el águila y
la serpiente"

**martín luis
guzmán,
el literato y el hombre**

Portada del número homenaje a Martín Luis Guzmán de la revista mexicana "Comunidad Conacyt", de diciembre de 1979.